

Pascua de Resurrección. La Semana Santa ha terminado con la noche el sábado (día del reposo de Jesús en el sepulcro) y el día del sol (domingo) Jesús nos abre las puertas del paraíso.

El jueves y viernes santo hemos vivido los momentos esenciales del sacrificio de amor de Jesús por nosotros: la



tarde del jueves, en la Cena eucarística, deseó comer el cordero para después ser Él quien se entregó como el Cordero que quita el pecado del mundo. Se levantó de la mesa y lavó los pies a los apóstoles. Recordemos cómo aquella María lavó los pies a Jesús y los secó

con sus cabellos, y le ungió con su perfume preferido. Ahora, en ese momento especial, nos da el mandamiento nuevo: "que os améis unos a otros como Yo os he amado". Jesús nos enseña que hemos de servirnos, esto significa lavarse los pies unos a otros. Juan, el más joven, tiene la cabeza apoyada en el pecho de Jesús, cuando el Señor tomó el pan y lo partió y dijo: "éste es mi cuerpo... esta es mi sangre..." es la nueva Alianza, para el perdón de los pecados; "haced esto en memoria mía", nos dice que lo hagamos para que Él siga con nosotros.

Después salió a rezar al Monte de los Olivos: "mi alma está triste hasta la muerte... quedaos aquí y velad conmigo... Padre mío, si es posible, que pase este cáliz de mí... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya..." Luego dice a los discípulos: "velad y rezad para no caer en la tentación..."

Hagamos el firme propósito de rezar en familia alguna parte del Rosario, hacer un rato de oración (5, 10, 15 minutos) procurando hablar con el Señor...

Un beso traidor en la noche... Judas no rezaba y va como loco... Luego le entrará el remordimiento, pero no sabrá ir a María como Pedro, que también niega a Jesús al canto del gallo, pero sabe transformar el remordimiento en arrepentimiento, y volver a comenzar, pues la vida continúa... Pedimos a Jesús no traicionarle, pero si fallamos, que arreglemos las faltas de amor con actos de amor, que pidamos a la Virgen que nos ayude a seguir con alegría a Jesús, a recibir el perdón con la confesión, a pedir perdón a los demás...



Al ver a Jesús clavado en la Cruz, que "me ha amado y se ha sacrificado a sí mismo por mí", como recuerda S. Pablo, quiero decirle como el buen ladrón: "acuérdate de mí cuando estés en tu Reino", para oírle decir: "en verdad te digo... que estarás conmigo en el paraíso". Una jaculatoria nos abre las puertas del cielo. La misericordia de Dios es tan grande... cada vez que hago la señal de la cruz recuerdo el signo de la vida. Allí, en la Cruz, está María, que me acoge como Madre para ayudarme a ir al cielo...

Jesús es enterrado y los apóstoles están asustados, hasta que a la mañana del domingo van las mujeres al sepulcro... la gran noche del día del sol, que ahora llamamos también día del Señor, domingo. El **Génesis** habla de la creación: "Y dijo Dios: "Que exista la luz"", es la luz que exulta el **pregón pascual**: "¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los

mueritos... ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, doblega a los poderosos”.

El domingo de Pascua recordamos el paso del mar Rojo, cuando el pueblo de Israel sale de la esclavitud de Egipto y se abren las aguas y van hacia la tierra prometida. Así nosotros por la muerte de Jesús y su Resurrección tenemos el bautismo y pasamos de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad. Aunque el pueblo falla, el amor de Dios es inmenso y jamás falla, siempre espera. El amor es más fuerte que todas las infidelidades, que todas las debilidades de los hombres. Como dice S. Pablo en **Romanos**: “Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva... quedando destruida nuestra personalidad de pecadores, y nosotros libres de la esclavitud al pecado”. En el **Evangelio** María Magdalena va con otras mujeres a embalsamar a Jesús, no sabían quién les movería la piedra a la entrada del sepulcro, pero vieron que la piedra estaba corrida, y “en el sepulcro vieron un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: -No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. HA RESUCITADO. Mirad el sitio donde lo pusieron. Ahora id y decid a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo. Salieron corriendo del sepulcro, temblando de espanto”.

Luego Jesús se les apareció a ellas, y a los demás, durante aquellos días que celebramos en la Pascua. Se produjo la gran transformación: Jesús entró en el sepulcro, como el gusano en su caparazón para salir transformado en mariposa, a una vida nueva en la que todo es bueno, y quiere llevarnos con Él a la felicidad del cielo.

